

## Notas y Documentos

### DISCURSO PRONUNCIADO POR EL MINISTRO DE EDUCACION SEÑOR ENRIQUE MOLINA EN LA CLAUSURA DE LA ESCUELA DE VERANO DE LA UNIVERSIDAD DE CHILE, EL 31 DE ENERO DE 1948

Debo confesaros que no me parece muy simpática la situación de un Ministro que, no habiendo tenido la suerte de poder compartir vuestras importantes labores de esta Temporada o de haber estado durante ella en alguna forma al lado vuestro, venga a hacer uso de la palabra, sino para clausurarla, en el momento de la clausura. Pero se hace más tolerable esa situación si ella, en nombre del Gobierno de la República y en nombre del que habla, viene a ser expresiva de la estima, simpatía y admiración con que es apreciada la valiosa faena llevada a cabo y sus vastas proyecciones.

Me complazco, pues, en felicitar, en la persona de su eminente rector don Juvenal Hernández, en la del talentoso director de la Escuela de Verano señor Aníbal Bascuñán, y en las de sus demás inteligentes colaboradores, a la Universidad de Chile, por estas escuelas de Temporada que con tanto éxito viene realizando desde hace trece años.

Son muchos los factores que intervienen en el proceso educacional, o sea, en los procedimientos ideados para conducir al mejor desarrollo posible el alma del niño y el alma del joven:

planes de estudio, programas, métodos, edificios e instalaciones, bibliotecas y laboratorios y ambiente social. He dejado sin nombrar uno de esos factores para hacer, aparte, especial mención de él, porque lo considero el más importante de todos. Me refiero a la personalidad del maestro. Cada uno de los factores enunciados posee un valor que no cabe desconocer. Todos deben estar armónicamente y en la proporción que les corresponde a erigir la arquitectura del edificio de la educación. Pero el factor maestro tiene una virtud especial. Es el único capaz de efectuar la maravillosa alquimia que, obrando de alma a alma, opera sobre los corazones. El maestro con personalidad, —no quiero mostrarme demasiado exigente y decir «con personalidad de apóstol»—, puede obviar con su acción e influencia muchas de las deficiencias de los demás elementos. Irradia fuerza moral, entona el carácter, despierta nobles afectos y deja huellas imborrables en el espíritu de sus discípulos.

De aquí la importancia de estos cursos de perfeccionamiento que tienden a intensificar la cultura del maestro, y hay que unir en el aplauso a la institución que los organiza a los que concurren a ellos.

Poderosas son las razones que aconsejan incrementar el progreso industrial, técnico y económico de nuestro país, y oportunas y bienvenidas deben ser cuantas medidas se tomen para impulsarlo. Y otro tanto cabe decir, y es oportuno decirlo, por encontrarnos en una asamblea de carácter hispanoamericano, de nuestra América Latina, para que alcance su independencia integral.

Pero los progresos de la técnica, los progresos materiales, deben ser controlados y orientados por normas del espíritu. Y esto es lo que ha venido haciendo falta en nuestro tiempo. Por la ambición de poderío, que es negación de los principios morales que deben regir la convivencia de los hombres, y por las pretensiones de una técnica, loca en su falta de control espiritual y ético, Europa se debate en una de las crisis más difíciles, y se

encuentra sumida en una de las ruinas más tremendas de que haya recuerdo en la historia. Y con ella gran parte el resto del mundo.

La grandeza del maestro es de naturaleza espiritual y descansa en las virtudes cardinales de la iniciativa propia, del sentimiento de responsabilidad y de la consagración al trabajo intenso y honrado. Con que logre hacer germinar y afianzar estas virtudes en el alma de sus discípulos, siendo secundaria la cantidad de conocimientos que les comunique, habrá cumplido con su misión sobre la tierra y merecido bien de la patria.

De la patria que no entendemos encerrada en los límites de un nacionalismo suspicaz y ciego, sino querida en armonía con las demás patrias y con sensibilidad para todo lo humano. La Universidad de Chile, al hacer convivir en estos Cursos de Temporada, millares de chilenos con centenares de selectos hijos de los países hermanos, toma las dimensiones de «alma mater continental», y presta el calor de su fuego sagrado al cultivo de los sentimientos de comprensión, de unión y solidaridad americanas de que no debemos apartarnos en ningún momento al avanzar en la conquista de nuestros destinos.

Siento que somos poseedores de la fuerza de tradiciones gloriosas. Recordando, por la índole de nuestra reunión, sólo los próceres de nuestra cultura, me imagino que están con nosotros y nos animan los manes de Bello, de Sarmiento, de Mitre, de Alberdi, de Lastarria, de Barros Arana, de Amunátegui y Letelier, de Rodó y Zorrilla de San Martín, de Emerson, Irving y Whitman, de Rubén Darío, Juan Montalvo, José Martí y tantos otros. Ellos constituyen un tesoro espiritual nuestro y un respaldo en el pasado para la unión de nuestras almas.

Siento que, además, poseemos la fuerza que entraña el llamado del porvenir que en esta hora del mundo se identifica con la realización del destino de nuestras democracias. Por muchos defectos de que adolezca la democracia, es el mejor sistema ideado hasta ahora por los hombres para gobernarse. No reduce

al individuo a ser un insignificante rodaje del Estado, como ocurre en los regímenes totalitarios, sino que le ofrece condiciones para que alcance su más perfecto desarrollo. Busca el reinado de la verdadera libertad, concibiéndola dentro de la disciplina que excluye la licencia y el desorden. Favorece las iniciativas del trabajo—más aun, ve en el trabajo honrado el secreto de la redención del hombre y de los pueblos, reglamentándolo sí hasta donde sea necesario para que no conduzca al capitalismo anárquico; y permite, como ninguna otra forma de organización política y social, que cada cual pueda abrigar en su alma un santuario donde amar con sinceridad, donde adorar a Dios y creer lo que su sabiduría y su intuición le inspiren sobre este maravilloso universo tan lleno de belleza como de misterio y para crear lo que su ciencia, su arte y su técnica le aconsejen como conveniente para ir mejorando el mundo.

Vamos a separarnos. Separémonos como personas unidas por hondos afectos, y que en nuestro retiro el recuerdo de ellos y los sentimientos de lo que nuestra patria y la América esperan de nosotros, sean nuestros compañeros.